

clero enemigo de la pérdida de sus diezmos, el noble feudal habituado á la percepcion de tributos sin número, conjuráronse contra Turgot y lo depusieron del poder, sustituyendo el período salvador de la reforma con el período turbulento de las decepciones y de las engañifas. La reina misma, tocada de aquel instinto de perdicion, que asalta tristemente á los poderes condenados á muerte por la Providencia, conspiró contra Turgot, sin saber que conspiraba contra su propio trono y el trono de sus hijos. Deseosa de poseer un nuevo parque en Saint-Cloud, no contenta con los inmensos parques de Versailles, entregó el poder al mísero intendente que le prometia distraer una parte de los bienes reales en la adquisicion de esa bicóca. Y á consecuencia de este error, las ideas, en vez de bajar desde las alturas del trono como la luz, subieron al trono desde los abismos del pueblo como los incendios. No fué la monarquía quien apagó la hoguera inquisitorial que devoraba la conciencia; no fué la monarquía quien desarraigó las raíces feudales que cubrian el suelo; no fué la monarquía quien emancipó al pobre siervo alzado de su terruño como Lázaro de su sepultura; no fué la monarquía quien promulgó el derecho: fué la revolucion. Si la monarquía francesa aceptara las bases fundamentales de la sociedad moderna ¡ah! la sociedad moderna de ninguna suerte se hubiese fundado contra ella; y la revolucion de ninguna suerte hubiera venido con tan extraña violencia. La reforma, solamente la reforma tenia virtud bastante á impedir esas erupciones volcánicas que subvierten, trastornan y agrietan el suelo secular de las naciones.

Pues un ministerio idéntico al ministerio de Turgot representa Savonarola en la revolucion religiosa. El inmortal fraile dominico es la reforma, sí, la reforma en toda su latitud, la reforma en todos sus aspectos, la reforma en todas sus consecuencias. Y siendo la reforma debia haberle admitido el poder reformable, en vez de perseguirle con aquel encarnizamiento y de quemarle con aquella despiadada crueldad. Engañanse, y engañanse torpemente, los que quieren ver en el reformador eclesiástico un revolucionario dogmático, enemigo del credo católico, enemigo del Papa romano, enemigo de la Iglesia universal. Savonarola, en el fondo de su alma guarda una ortodoxia tan pura como la ortodoxia de San Francisco de Asís; Savonarola siente una caridad tan ardorosa por los séres animados é inanimados; Savonarola predica una

moral tan pura como la moral franciscana; Savonarola quiere una democracia tan evangélica como la democracia misma del Penitente de Asís. La diferencia entre ellos consiste en que Savonarola pertenece á tiempos mas positivos, á tiempos menos poéticos, á tiempos en que el arte predomina sobre la fe, la industria sobre la guerra, la ciencia sobre la teología, la política sobre todo. Y de consiguiente á su celda no bajarán los ángeles; de sus labios no saldrán cánticos místicos; en torno de su persona, tristemente analizada por la crítica, no se podrá formar, no, la leyenda de inspiraciones, de milagros, de dogmas que ha formado la vida de San Francisco y la ha esculpido en la memoria y en el corazon de las muchedumbres. Y Savonarola, como San Francisco, es un reformador religioso, un reformador creyente, un reformador piadosísimo, un reformador verdaderamente ortodoxo, un reformador que quiere, no perder, salvar á la Iglesia.

¡Ah! La Italia de la Edad media puede y debe llamarse la tierra predilecta y clásica de las revoluciones. Segun el gran matemático y el grande astrónomo de estos movimientos, desde el siglo noveno hasta el siglo décimoquinto, Italia atraviesa nueve revoluciones capitalísimas, las cuales se diversifican luego en innumerables revoluciones secundarias ó terciarias. Toda ciudad italiana, aparte de sufrir las grandes atracciones de los dos polos que forman el Pontificado y el Imperio; aparte de pasar por las irrupciones germánicas, normandas, árabes, tiene, segun su gran historiador, estos naturales períodos revolucionarios: el de los condes, el de los obispos, el de los cónsules, el de los podestás, el de la guerra entre güelfos y gibelinos, el de los señores, el de los condotieros, el del protectorado español. Se pierde la fantasía en aquellas legiones de guerreros, en aquellos diluvios de sangre, en el centellear de las pasiones tumultuadas, en el caer de las ciudades circuidas por tantos enemigos, en las barbaridades de un Gonzaga que hace tostar á todos los güelfos de Regio, de un Ecelino que mata veinte mil personas de una sola vez, general inundacion de la cual se salvan muy difícilmente algunas personalidades excepcionales y en la cual se ahogan generaciones enteras.

En medio de todo este oleaje la revolucion religiosa caminaba como si fuera un movimiento puramente ideal. A medida que el mundo crecia encontrábase mas opreso en los estrechos moldes del Pontificado histórico y mas

dispuesto á ensanchar estos moldes para que dentro de ellos cupiese con desembarazo y con amplitud el nuevo progresivo espíritu. En aquel coro de ciudades que unas tenían la riqueza fabulosa como Venecia, que otras tenían el arte ateniense como Florencia, que estas mostraban la gracia inextinguible de Siena, que aquellas la agitacion revolucionaria de Brescia, entre tanta vida, cuando unos de sus hijos inventaban nuevos continentes, cuando otros de sus hijos traian nuevas artes, cuando á los conjuros de su genio se dilatava lo mismo la materialidad del planeta que la vida interior del espíritu, la religion debia crecer y la reforma debia venir, satisfaciendo de esta suerte aspiraciones eternas y necesidades indispensables al conjunto de la vida social. La democracia desbordaba y se salia de los límites donde intentarían recluirla el derecho antiguo y la tradicion histórica. Una gran necesidad social exige grandes é inevitables satisfacciones. La autoridad pontificia, merced á Nicolás V, se habia convertido en una especie de sacerdocio artístico; la autoridad imperial, merced á Federico III, se habia convertido en una especie de extraña y aparatosa fantasmagoría. Los ciudadanos de Viterbo llegaron á creer de tal suerte al Emperador un cómico que, despues de la entrada triunfal en su ciudad, pusieron mano sobre sus vestiduras, como si trataran de desnudarlo, concluida la comedia. Ningun respeto podia, pues, inspirar la antigua institucion de los Césares personificada en la mocedad ligera de ese débil monarca, cuando al ir á la Ciudad Eterna en pos de la aparatosa ceremonia de su coronacion, arrodillábase en el suelo y tendia la mano para pedir al Papa una limosna. Esta desorganizacion universal demostraba la necesidad de nuevos organismos que no podian sobrevenir sino animados y asistidos de un nuevo espíritu. Este espíritu ó venia como una brisa por medio de la reforma, ó venia como una tempestad por medio de la revolucion.

Hé ahí el mérito capitalísimo de Savonarola, hé ahí su ministerio histórico, la representacion sincera de la reforma religiosa y el contraste fortísimo á las revoluciones. Todo en él se componia y arreglaba armoniosamente á la consecucion de este fin supremo. Allí donde el sensualismo lo gangrenaba todo, él era un espíritu; allí donde los poderes antiguos solo creian en la virtud de la fuerza, él era la fuerza de la idea; allí donde el sentido íntimo, la concentracion en la vida interior faltaba por completo, él era una conciencia;

allí donde los Papas acababan de convertir la Iglesia en mercado, él era una virtud; allí donde reinaba el sofisma, él era un Verbo; allí donde las creencias tenían mas de agudas que de sinceras, él era una fe viva, inextinguible, ardorosa, que ofrecia su cuerpo como un holocausto á Dios y que evaporaba su alma en nubes y en espirales de incienso. Ningun hombre ha unido en tan alto grado como él á los ardores de una fe sin sombras la pureza de una vida sin manchas; á la copia de ideas la elocuencia en la palabra; al ejercicio de la actividad el ejercicio del pensamiento; á las predicaciones, la accion; creyendo por virtud de la sintética naturaleza de su espíritu que la religion, no solo tiene el poder de reformar el hombre interior, sino que tiene tambien el poder de reformar las instituciones y las leyes, por lo cual confiaba en el evangelio y en la democracia, siendo, á pesar de haber vivido tan léjos de nosotros; siendo, como vamos á verlo, un purísimo y luminoso ideal de nuestro tiempo.] 911